

linear esa figura moral que avanza como genio apocalíptico entre las sombras de la ciencia médica llevando la tea de la investigación, y no osaríamos descórrer el velo de ese *Sancta Sanctorum* que guarda el Ara de la salud, si no confiáramos en la modestia del sabio y en la indulgencia del ilustre compatriota.

El Sr. Rafael Lavista nació en la ciudad de Durango, que por su importancia territorial se llamó *Reino de la Nueva España* en la época colonial. Es hijo de aquel *boudoir* de la sultana de Anáhuac en que el brillo del oro resalta entre el verde tapiz de las llanuras fértiles y contrasta con el sombrío tinte de ese jirón de desierto llamado Bolsón de Mapimí, en que la Cordillera, como extenso acantilado en el mar de las ambiciones, guarda inexpugnable las riquezas del suelo; en que la rica caña de azúcar sombrea con sus penachos rubios, y el algodón en grandes y abundosos copos rivalizan con las nubes que entoldan apacibles aquel verjel americano.

El 22 de Julio de 1839 el hogar dichoso de la señora Guadalupe Rebollar y el honrado comerciante D. José María Lavista tenía un nuevo motivo de felicidad; nacía el niño Rafael trayendo en esa *vialáctea* del amor purísimo, raudales de esperanzas, acópios de ilusiones.

Herederó digno del nombre de sus mayores, desde la escuela primaria se distinguió por su moralidad, y ya desde las aulas infantiles comenzó á preponderar por su valiosa inteligencia. Rápidamente fué

desarrollándose aquel talento que es hoy honra y prez de la Facultad Médica de Méjico.

Entró al Seminario Conciliar de Durango donde cursó Latín y Filosofía, obteniendo las mejores calificaciones en la cátedra, y los principales premios en los actos públicos.

La juventud del Sr. Lavista tuvo la austeridad del estudio constante, de ese afán de saber que absorbe, por decirlo así, todas las facultades para que el pensamiento converja á los vastos horizontes de la ciencia.

Así vivió en la Escuela de Medicina con sus libros y sus justas aspiraciones de grandeza científica y recorriendo las salas de los hospitales, perdido en el caos de la miseria humana que no le dejaba entregarse á los mirajes de las quimeras juveniles, pero que le auguraba un porvenir brillante.

Aspiró al Magisterio, cuando ya tuvo el título profesional, y en 1866, midiendo la distancia que le separaba aún de las eminencias médicas que por entonces formaban el cuadro de profesores de la Escuela, y afrontándola, animado por el deseo de perfeccionar sus conocimientos por medio de la enseñanza, se presentó á oposición para el puesto de adjunto á la Cátedra de Fisiología. Fué entonces su contrincante el ya célebre Dr. Carmona y Valle, á quien no pudo vencer del todo, porque en la liza desigual aun no era maestro; pero logró gran parte del triunfo por su fácil palabra y su saber que auguraba para más tarde victorias completas.

Y así fué; vacante nuevamente la citada clase que ocupó el Dr. Carmona, Lavista vuelve á oponerse, y entonces, después de una brillantísima prueba, la obtiene, siendo aquella anhelada adquisición el augurio de otras más valiosas.

En 1874 se disputa la cátedra de Patología externa y es aprobado en medio del público entusiasmado que le aclama, después de haber obtenido en lucha con el gran Licéaga una mención honorífica por la tesis que presentó.

En 1867, que fué cuando se presentó nuevamente en oposición para obtener la cátedra de Fisiología, presentó por tesis un estudio sobre *el esfimógrafo*, asunto laboriosísimo y que según opinión de un biógrafo del Dr. Lavista, *más que tesis debe llamarse una lección*.

En 1868 dió á la estampa un estudio sobre *la sífilis vacunal*.

En 1869 publicó un estudio sobre *un quiste del ovario izquierdo*.

En 1873 trató en la prensa sobre *la sinovitis crónica de la articulación femor-tibio rotuliana y el modo de aplicar un método curativo*.

En 1874, para presentarse á oposición para obtener la cátedra de Patología externa, hizo un notable estudio sobre la *cozalgia*.

En 1876 "La Gaceta Médica" publicó una reseña histórica del Dr. Lavista, y en ella estaba descrita *la talla medio bilateral*.

Posteriormente descubrió *la amputación de la se-*

*gunda falange del dedo índice de la mano derecha y la curación por el método de Gueriw que él perfeccionó.*

Las publicaciones referidas le dieron á conocer públicamente, ya que en lo privado sus diagnósticos acertados y sus delicadísimas operaciones le daban fama y clientela.

En la Terapéutica es enérgico, con lo que demuestra la suficiencia de su saber.

Ha viajado repetidas veces yendo al extranjero, donde se ha reconocido su talento como médico y como cirujano, y ha estado siempre al tanto del movimiento científico, aprovechando lo que á su criterio autorizado es útil, y combatiendo lo erróneo.

Concurrió como Delegado en 1890 al Congreso Médico Internacional reunido en Berlín, al primer Congreso Pan-Americano reunido en Washington en 1893 y al Congreso Médico Internacional en Roma en 1894.

En el segundo Congreso Pan-Americano reunido últimamente en la ciudad de Méjico, fué Vice-Presidente. Ha sido Subdirector de la Escuela de Medicina, Vice-Presidente de la Academia Nacional de Medicina y Director del Hospital de San Andrés.

Como cirujano es fama que maneja diestramente los instrumentos, como son testimonios de sus aptitudes las diferentes curaciones que ha llevado á cabo.

Como médico, diremos, empleando una brillante figura literaria de Francisco Patiño: *es el guerrero que ataca de frente un reducto y que va á él cami-*

*nando imposible por entre el humo de la pólvora que parece como ofuscar su vista, pero sin embargo distingue á través de la penumbra que le rodea, porque va iluminado por la luz del genio y del saber.*

Como cirujano, quienes le han visto operar, no saben qué admirar más, si la destreza de su brazo ó la sangre fría que revela en aquellos instantes supremos en que luchan abiertamente la vida y la muerte.

Tal es el Doctor que ha dado gloria científica á su patria y alivio á la humanidad.

Es el biólogo que consulta ese *Oráculo de Delfos* que se llama la Naturaleza y la arranca sus más recónditos secretos para ir á la cama del enfermo y decirle:—“No temas, mi ciencia es la salud.”

Es el biólogo que ama las bellezas de la vida, vistas no á través de un kaleidoscopio, ni en las quimeras del ensueño, sino bajo la lente del microscopio y á la luz de la humanidad científica, y que se disputa palmo á palmo el dominio de las existencias que se extinguen, luchando con la implacable enemiga de la luz y del aliento.

Es inspirado en *el arte de curar* y ciñe los laureles de muchos triunfos médicos.

Rindámosle homenaje.



DR. EDUARDO LICÉAGA.

MÉXICO.—D. F.